

co que pervive es la muerte. Y esta conclusión no es sino una consecuencia poética. ■ LUIS LEON BARRETO.

Los documentos de la I Internacional

La Asociación Internacional de Trabajadores (Juego, Primera Internacional) centró, encauzó y definió los movimientos obreros modernos. En el manifiesto fundacional de Marx, en 1864, se parte del embrión que la justifica: «La miseria en masa de los trabajadores no ha disminuído de 1848 a 1864, periodo que, sin embargo, se distingue entre todos por un desarrollo sin par de la industria, por un crecimiento inaudito del comercio» (1848 es el año de publicación del Manifiesto comunista y el de una serie de levantamientos populares en Europa). Generalmente, la I Internacional se estudia en dos sentidos: el de la elaboración de la doctrina política proletaria para la toma del poder, bajo la dirección de Marx, y el de las luchas interiores en la misma asociación entre las distintas tendencias y vías, simplificadas en el encuentro entre Marx (socialismo) y Bakunin (anarquismo). La Internacional, sin embargo, tiene una riqueza mucho mayor, desde su fundación en 1864 y sus seis congresos (Ginebra, Lausana, Bruselas, Basilea, Londres y La Haya), hasta su disolución formal en Filadelfia, 1876 (renacería la Asociación en París, 1889: la II Internacional). Esta riqueza la constituyen las ponencias y los documentos de trabajo acerca de la condición obrera en el mundo, minuciosamente establecidas. En las sesiones de la Internacional pueden hallarse ponencias médicas sobre las consecuencias en la salud de ciertas formas de trabajo, pero las hay también sobre fonografía, o necesidad de reforma de la orto-

grafía para que correspondiera a la escritura a los sonidos pronunciados, para llegar a esta conclusión política: «El congreso tiene la convicción de que una lengua universal y una reforma ortográfica serían una mejora para todos y contribuiría poderosamente a la unidad de los pueblos y la hermandad de las naciones». La enseñanza, la ocupación, llenan una buena parte de los documentos (tendencia a la «educación integral» que comprenda simultáneamente el estudio de las ciencias y el aprendizaje de los oficios, como forma de libertad de unos programas educativos clasistas que sólo sirven para los destinados a ocupar puestos directivos en una sociedad burguesa). Los socorros mutuos, la consideración de la igualdad salarial de los sexos, el problema de los aprendices, la eterna cuestión del campo y la ciudad, la banca y sus reformas, las cartillas de los trabajadores, el cooperativismo, la moralidad (incluso con considerables ingenuidades propias de la época, como el de la excitación sexual producida en las jóvenes obreras por el trabajo en las máquinas de coser y la posibilidad de que esa excitación desarrolle «los hábitos más peligrosos para la salud» y «las desastrosas consecuencias de ciertos vicios»), la cuestión de diplomas, títulos y certificados («un remanente de la Edad Media, una señal de esclavitud, de desigualdad, de monopolio y de privilegio»), los castigos, las represiones en el trabajo, los impuestos... Puede decirse, en realidad y con exactitud, que los largos años de trabajo de la I Internacional, a pesar de sus luchas internas, de la impaciencia de algunas organizaciones, delegaciones y dirigentes por la toma inmediata del poder, a pesar de las persecuciones externas y de los desastres históricos que se abatieron sobre ella (desde la guerra franco-prusiana a la derrota de

la Comuna), lo que pretendía la Asociación Internacional de Trabajadores era una nueva concepción del mundo, una minuciosa reconstrucción de la sociedad mediante el examen de todos y cada uno de los factores que la constituyen, aun de los más nimios, desde unos puntos de vista totalmente distintos a los dominantes. El valor del libro de Jacques Freymond, «La Primera Internacional», cuyo primer volumen se publica ahora en España por Editorial Cero (comprende la fundación y los Congresos de Ginebra, Lausana y Bruselas; el segundo se dedicará a los de Basilea, Londres y La Haya), consiste en recoger casi totalmente los textos, documentos, discusiones, resoluciones, actas y ponencias de la Asociación, de forma que es imprescindible para el estudio de la época y de los movimientos obreros que quieran conocerlos sin estar a expensas de historiadores, críticos o analistas que, indudablemente, marcan unas tendencias muchas veces dispares (las pasiones de la Internacional no se han extinguido todavía, ni entre los grupos obreristas y revolucionarios ni entre los contrarrevolucionarios) con simplificaciones y análisis. Y no se trata solamente de elementos de estudio, sino de una lectura verdaderamente apasionante en muchas de sus páginas, y de la constatación de que muchos de los problemas planteados entonces siguen sin resolver en las sociedades humanas. La introducción que hace Jacques Freymond no está exenta de los pecados de otros analistas y tiene el de pretender destacar excesivamente el papel de Francia y los franceses. La traducción es generalmente correcta y legible, a veces con algunos coloquialismos fáciles y con algún error de bulto, como el de utilizar el nombre francés (Báte) para designar la ciudad de Basilea; pero el traductor

Pecellín Lancharro consigue, y eso es más importante, una versión castellana muy ajustada al lenguaje de la época. ■ H. T.

Quijotismo, crítica y revolución

La lectura de «Vladimir Maiakowsky» —obra así llamada porque el censor (1913) confundió el título con el nombre del autor, y éste prefirió aceptar la confusión antes que someter el texto a los riesgos de un nuevo examen—, de Vladimir Maiakowsky, y «Don Quijote libertado», de Lunatcharsky, mucho más conocido en su papel de comisario del pueblo para el Teatro que, como dramaturgo, se presta a muchas consideraciones. La idea de publicar ambos textos en un mismo volumen («Cuadernos Prácticos», de Editorial Fundamento) es, en todo caso, excelente, porque la relación entre ambas obras ayuda a comprender algunos de los problemas del arte soviético en épocas pasadas.

Conocidos son los problemas de Maiakowsky —paralelos a los de Meyerhold, el director de escena que vino a hacer de él algo semejante a lo que Stanislawski hizo de Chejov—, para quien la idea de vanguardia artística y revolución social eran inseparables. Se trataba de crear un arte que, respecto de las formas hasta entonces dominantes, viniese a ser lo que la revolución era respecto de la sociedad zarista. Nuevas ideas se habían puesto en marcha, las máquinas aparecían como las grandes aliadas del hombre en la transformación del mundo, el futuro —ese futuro libre de una sociedad sin clases— era ya la gran apuesta de la revolución. De ahí las sabidas conexiones entre Maiakowsky y el futurismo de Marinetti; de ahí, también, las distancias. Porque, para Maiakows-

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES S.A.

Metodología de la historia social de España
M. Tuñón de Lara

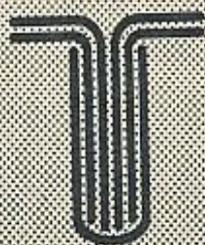
Imperialismo y comercio internacional (El intercambio desigual)
Amin, Palloix, Emmanuel, Bettelheim

Indagaciones praxiológicas (Sobre la actividad lingüística)
Víctor Sánchez de Zavala

El pacifismo revolucionario
Noam Chomski

Las vidas de los niños
George Dennison

Emilio Rubin, 7
Telf. 200 0978
Madrid-33 España



Stanislav Andreski

Las ciencias sociales como forma de brujería

Juan Ignacio Ferreras

Los orígenes de la novela decimonónica 1800-1830

REEDICIONES

P. Teilhard de Chardin

Como yo creo

Edgar Morin

El espíritu del tiempo

Jorge Campos

Conversaciones con Azorín

TAURUS

Marqués de Salamanca, 7
MADRID-6

ARTE • LETRAS •

ky, las imágenes de ese futuro —irreversiblemente socialista— a que conducían, entre otros factores, esas máquinas recién inventadas, eran, sobre todo, un modo de considerar críticamente el presente. Hasta el punto de que la carga crítica de «Los baños» —donde denunciaba ferozmente la estupidez de la burocracia, por lo demás cada vez más hostil con su obra—, provocó una reacción que impulsó a Maiakowsky, cansado ya de luchar, al suicidio. «Vladimir Maiakowsky», la obra que comentamos, es sólo la primera y más anárquica de sus batallas teatrales, no por ello desprovista de fuerte sentido crítico.

Si «Vladimir Maiakowsky» es una obra sorprendente, también lo es, dentro de su tono didáctico y paternal, «Don Quijote libertado». En ella vemos a Don Quijote ayudando idealísticamente a la Revolución, al principio, y creándole luego serios problemas. Arremete el Caballero contra la violencia sin distinciones, y el principio que sirve para acabar con la tiranía acude luego en ayuda del tirano encarcelado.

¿Qué revolución no comete errores?, se pregunta Lunatcharsky. No son muchos de sus combatientes de primera hora gentes salidas de los presidios, hambrientos que arremeten contra los responsables de su miseria? Habría un tiempo difícil y sangriento al que, poco a poco, sucedería el de la serena justicia. La impaciencia de Don Quijote estaría, siempre según Lunatcharsky, fuera de lugar, en tanto que inoportuna crítica de los errores primeros dentro del proceso general.

¿Cómo no establecer ciertas afinidades entre este Don Quijote y Maiakowsky? No olvidemos que Lunatcharsky fue un defensor de las primeras obras de Maiakowsky y que acabó volviéndole la espalda. ¿Y no tiene algo de «salida»



Vladimir Maiakowsky.

quijotesca el suicidio del escritor, destrozado, como el héroe del drama de Lunatcharsky, por la contradicción entre su amor a la Revolución y el rechazo de muchos de sus procedimientos?

A mí me parece que los dos textos juntos —considerando la personalidad de sus autores y su destino dentro de la historia de la Revolución soviética— forman un drama muy superior a la consideración de cada uno de ellos por separado. Sobre todo, porque la figura de Maiakowsky impide hacer del «quijotismo político» una especie de idealismo bobalición —tal como tiende a configurarlo Lunatcharsky—, aclarándonos que caben impaciencias críticas llenas de lucidez. ¿No han sido luego Maiakowsky y Meyerhold reivindicados por el régimen soviético? ¿Cuántas veces no hemos leído, dentro del amplio capítulo de la «desestalinización», juicios contra la burocratización cultural que dan la razón a los un día condenados?

Por lo demás, y en contra de lo que Lunatcharsky esperaba, tras él no vinieron «tiempos mejores», sino Zdanov, que, en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, celebrado

en 1934, sostendría opiniones mucho más radicales y duras que las del antiguo comisario. Si Lunatcharsky, considerando los problemas de una primera etapa revolucionaria, sostenía que las grandes obras artísticas del pensamiento burgués debían mostrarse con prudencia a las masas, Zdanov sostendrá ya, sin medias tintas, que de la sociedad burguesa no puede surgir obra artística que valga la pena. Ese sería, en definitiva, el ejemplo concreto que pone en cuestión la prudencia de Lunatcharsky. Porque no hay razón para creer que los errores políticos de un momento dado vayan a desaparecer como la fiebre, sin dejar huella en el futuro. Sólo el error se corrige —aceptando que el error es inevitable— si se toma conciencia de él, y esto es imposible de condenar por idealista a quienes lo señalan.

El propio Lunatcharsky, por lo demás, vivió en su propia carne la fragilidad de su profecía. En el 29 fue apartado de su cargo de comisario y más tarde lo nombraron embajador de la URSS en España, puesto que no llegó a ocupar por sorprenderle la muerte en París en el 33, cuando se dirigió a Madrid.

Es seguro que para

●ESPCTACULOS●ART

los que iban a proclamar el dogma del Realismo Socialista, Lunatcharsky era un estorbo; exactamente igual que lo había sido Don Quijote para los revolucionarios de su drama. ■
JOSE MONLEON.

DISCOS

Jim Croce un «folk-singer» en las listas

Hace unas semanas se celebraba en el club neoyorquino Folk City una velada, llamada «Village Reunions», para conmemorar los maravillosos años sesenta y la música que llenaba los antros de Greenwich Village y demás centros incipientes de la contracultura. La nostalgia parece que es una enfermedad contagiosa. Aquellos días en que la música «folk» parecía ser lo único digno de escucharse, ya están muy lejanos. La mayor parte de los animadores de aquella época han desaparecido. Pero cada año aparecen varios graduados de los días del «hootenanny» y las «coffee-houses», algunos de ellos causando considerable impacto. 1970 fue el año de Joni Mitchell; en 1971 nos llegó James Taylor y sus neuras; el año pasado tuvimos a un discípulo de Pete Seeger, Don McLean, y en 1973 nos encontramos con John Denver y Jim Croce. Tengo sospechas de que el primero no es más que el «alter ego» de Charles A. Reich prediciendo la «Consciousness III» a la clase media. Pero Jim Croce es otra historia.

Con sólo vagos recuerdos de haber escuchado uno de sus discos, me encontré con el segun-

do álbum de Jim Croce editado en España (1). Y qué agradable sorpresa... Jim Croce es una de las razones por las que vale la pena investigar entre las horas de cantantes-compositores cuyos discos nos invaden.

La historia de Croce es típica. Comenzó cantando en la Universidad, se hizo profesional con una gira por Africa y Oriente Medio, patrocinada por el Departamento de Estado, y grabó en 1969 un álbum con su mujer que pasó totalmente inadvertido. Cuando llegaron los días malos, Croce se vio obligado a vender su colección de guitarras y a trabajar en la construcción. En 1971 logró un nuevo contrato para grabar, y no ha tenido mucho tiempo

(1) Jim Croce: «Life And Times» (Vertigo 63 60 701).

libre desde entonces. Según cuenta, su máxima ambición es terminar su tesis sobre canciones picarescas y graduarse.

Hay dos temas constantes en las canciones de Jim Croce. Por una parte están los retratos de chulos, camioneros locos y otros extravagantes personajes. Son canciones alegres, con estribillos tentadores y un humor lacónico: «Los dos hombres se pusieron a pelear, y cuando les levantaron del suelo/Leroy parecía un rompecabezas, al que faltaban un par de piezas». El otro lado de Croce son sus canciones sentimentales, de «hombre solo», que alternan entre el resentimiento y la nostalgia, sin caer en los clisés del género. Croce se está haciendo popular por sus canciones extrovertidas («Bad, bad Le-

roy Brown» y «You don't mess around with Jim») han estado en el número uno de USA), pero no olvida su vertiente romántica.

La singularidad de Croce está en dominar el arte de componer tal como lo entendían en los años del «folk boom»: las suyas son canciones cortas, sencillas y que cuentan una historia con claridad. Los productores —Cashman & West— las han dado un tratamiento sobrio e inteligente: casi todas comienzan con la instrumentación clásica de guitarras, batería, bajo y piano, y sólo después del primer estribillo aparece una armónica, violín, órgano o coros, que dan su color a la canción. Es simple, pero evita que las canciones se hundan por arreglos preciosistas, al mismo tiempo que se crea una tensión que mantiene la atención.

Jim Croce no es «el nuevo Dylan» o algo así, pero está creando música memorable y merece ser escuchado. Mientras tanto, no pierdas de vista a David Blue, Eric Andersen, John Stewart y demás «folkies» resucitados. Quién sabe, 1974 hasta nos puede traer la reaparición de Fred Neil. ■ DIEGO A. MANRIQUE.



TEATRO

«Gigi»

Las reposiciones siempre se refieren al campo cinematográfico. El teatro, generalmente, no necesita de ellas, por cuanto los criterios censores son menos rígidos para espectáculos de doscientas pesetas butaca, y por cuanto sus profesionales evolucionan más o menos con

EDITORIAL TECNOS

Juan E. Garcés:
«DESARROLLO POLITICO Y
DESARROLLO ECONOMICO». Los casos de Chile y Colombia.

298 páginas. 300 pesetas.

Testigo de excepción en Chile, el autor estudia la situación de aquel país desde el acceso de Allende a la Presidencia y somete a un análisis crítico comparado —Chile y Colombia— la metodología y teoría actualmente dominante sobre desarrollo político.

Obra permanente, pero de singular actualidad en el presente momento histórico.

Ignacio Sotelo:
«SOCIOLOGIA DE AMERICA LATINA».

208 páginas. 200 pesetas.

Mérito indiscutible de esta obra es hacer inteligible la realidad compleja y contradictoria de veinte naciones, superando los caminos trillados y los tópicos más difundidos.

A través de un detenido análisis de los problemas centrales del área —crisis de la estructura agraria, crecimiento desmesurado de las metrópolis, paro creciente y población marginal, industrialización encallada, dependencia externa—, el lector penetra en una América Latina tan real como desconocida.

PEDIDOS a librerías o a
EDITORIAL TECNOS, S. A.
O'Donnell número 27. Teléfono 226 29 23. Madrid-9. Brusí, 46. Teléfono 227 47 37. Barcelona-6.